

archdiocese dubuque

Office of the Archbishop

1229 Mt. Loretta • P.O. Box 479 • Dubuque, Iowa 52004-0479 • Phone (563) 556-2580

December 12, 2007

Dear Hispanic Brothers and Sisters in Christ,

Special greetings to each of you as we celebrate the feast of Our Lady of Guadalupe. I would love to be present personally with each Hispanic community. Since that is physically impossible, I am using this letter to share my prayers and concerns.

The feast of Our Lady of Guadalupe commemorates an important moment in God's relationship with the human race, especially its most suffering members. Recall the historical circumstances. In the first decades of the 16th century, the Spanish conquistadores moved into what is now Mexico and strove to dominate the people who had lived there for centuries. The Spanish invaders had a desire to bring Christianity to these people, but they also had a great desire for gold.

We can imagine the sufferings and the confusion that this brought to the ordinary people. They may have wondered whether this "new" God of the Christians really loved them. Their doubts increased when the bearers of the Gospel mistreated and subjugated them.

One of these ordinary people was a middle-aged man by the name of Juan Diego. Just twelve years after Hernán Cortés invaded his country, Juan Diego decided to accept the possibility that something good might come from the Spanish conquest. He was baptized a Christian.

It was to Juan Diego that the Virgin appeared on Tepeyac Hill in December of 1531. With great tenderness she spoke to the Aztec native, assuring him of her motherly love and protection and of her presence with his people always. The Virgin Mary sent Juan Diego to the local Catholic bishop, who after some hesitation recognized that Mary had indeed appeared and had left her image on the *tilma* (the cloak) in which he had carried the gift of roses found on the usually barren hilltop.

The situation of Juan Diego and his people has been repeated often down through the years. In our own times, yes even in 2007, many Hispanic people and other immigrants suffer untold hardships in these United States of America. They live in fear for their family livelihood and safety. There are many in detention centers waiting for court dates, trials, prison time, and eventual deportation. Families are torn apart and separated from each other. Human rights are not respected; the human suffering is sometimes unbearable. I wish you to know that I see and deplore what suffering you are enduring.

Along with the other Catholic bishops in this country and in other countries, I call on our political leaders to work out a just program of comprehensive immigration reform. This will be a long and arduous task, but if we are in solidarity with one another, we can "move mountains," with God's help. I am disappointed that some political leaders and candidates use the situation purely for political purposes, disregarding the fact that almost all of us come from immigrant ancestors.

I am grateful that there are many people of goodwill who are working hard to reform our immigration system, our economic order, and our laws so that all would have a better life. I thank especially those who work in our Hispanic ministry offices and in social service programs. Their presence with you is so important.

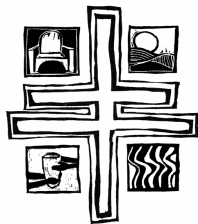
Our annual celebrations in December clearly remind us that our mother, the Virgin of Guadalupe, is always with us. Just as she did to Saint Juan Diego six centuries ago, she tells us of God's love for us; she encourages us not to despair.

Please be assured of my personal concern for each of you and my special blessing on you as you celebrate with joy, music, dance, and food all the gifts that we continually receive from our Mother, La Virgen de Guadalupe.

Fraternally in Christ,

Most Rev. Jerome Hanus, O.S.B.

Archbishop of Dubuque



archdiocese dubuque

Office of the Archbishop

1229 Mt. Loretta • P.O. Box 479 • Dubuque, Iowa 52004-0479 • Phone (563) 556-2580

12 de diciembre de 2007

Queridos Hermanos y Hermanas en Cristo,

Saludos especiales a cada uno de ustedes mientras celebramos la fiesta de nuestra Señora de Guadalupe. Me gustaría estar presente personalmente con cada comunidad hispana. Siendo que eso es físicamente imposible, estoy utilizando esta carta para compartir mis oraciones y preocupaciones por ustedes.

La fiesta de nuestra Señora de Guadalupe conmemora un momento importante en la relación de Dios con la raza humana, especialmente sus miembros que sufren. Recuerden las circunstancias históricas. En las primeras décadas del decimosexto siglo, los conquistadores españoles ocuparon lo que ahora es México y dominaron a la fuerza a la gente que había vivido allí por siglos. Además de su deseo de traer el cristianismo a esta gente, los invasores españoles también tenían un gran deseo por el oro.

Podemos imaginar los sufrimientos y la confusión que esto llevó a la gente común. Pudieron haberse preguntado si este “nuevo” Dios de los cristianos realmente los amaba. Sus dudas aumentaron cuando los portadores del Evangelio los maltrataron y los subyugaron.

Una de estas personas ordinarias era un hombre de mediana edad de nombre Juan Diego. Apenas doce años después de que Hernán Cortés invadió su país, Juan Diego decidió aceptar la posibilidad que algo bueno podría venir de la conquista española. Él fue bautizado cristiano.

Fue a Juan Diego a quien la Virgen se le apareció en la colina del Tepeyac en diciembre de 1531. Con gran ternura ella habló al nativo azteca, asegurándolo de su protección maternal y de su presencia con su gente siempre. La Virgen María envió a Juan Diego al obispo católico local que después de una cierta vacilación reconoció que verdaderamente se había aparecido María y había dejado su imagen en la tilma que él había llevado con el regalo de las rosas encontradas en la colina normalmente estéril de flores.

La situación de Juan Diego y su gente se ha repetido frecuentemente tras los años. En nuestras propias épocas, sí incluso en 2007, mucha gente hispana y otros inmigrantes sufren dificultades increíbles en estos Estados Unidos de América. Viven con miedo por su sustento y seguridad familiar. Hay muchos en los centros de detención que esperan fechas de la corte, juicios, tiempo de prisión y deportación eventual. Rompen y separan a las familias. Los derechos humanos no son respetados; el sufrimiento del ser humano es a veces insoportable. Quiero que sepan que veo y deploro el sufrimiento que están aguantando.

Junto con los otros obispos católicos en este país y en otros países, llamo a nuestros líderes políticos a redactar un programa justo de reformatión comprensiva de la inmigración. Esto será una tarea larga y ardua, pero si estamos en la solidaridad el uno con el otro, podemos “mover las montañas” con la ayuda de Dios. Estoy decepcionado que algunos líderes y candidatos políticos utilizan la situación solamente para propósitos políticos, ignorando el hecho que casi todos nosotros venimos de antepasados inmigrantes.

Estoy agradecido que hay mucha gente de buena voluntad que está trabajando duro para reformar nuestro sistema de la inmigración, nuestra orden económica y nuestras leyes para que todos tengan una vida mejor. Agradezco especialmente a los que trabajan en nuestras oficinas del ministerio hispano y en programas de servicio social. Su presencia con ustedes es muy importante.

Nuestras celebraciones anuales en diciembre nos recuerdan claramente que nuestra madre, la Virgen de Guadalupe está siempre con nosotros. Igual como ella hizo a San Juan Diego hace seis siglos, hoy ella nos dice del amor de Dios para nosotros; ella nos anima a que no nos desesperemos.

Por favor tengan la seguridad de mi preocupación personal por cada uno de ustedes, y de mi bendición especial para ustedes mientras celebran con alegría, música, danza y alimento, todos los regalos que recibimos continuamente de nuestra Madre, La Virgen de Guadalupe.

Fraternalmente en Cristo.

Mons. Jerónimo Hanus, O.S.B.

Arzobispo de Dubuque